

### **Lectura N° 3**

**García Canclini, Néstor, “Ciudades Multiculturales y Contradicciones de la Modernidad”, en *Imaginarios Urbanos*, Buenos Aires, Argentina, Ediciones Eudeba, 1999, pp. 69-104.**

## **II**

### **Ciudades multiculturales y contradicciones de la modernidad**

#### **¿Qué es una ciudad?**

Partamos de esta pregunta elemental, que no está respondida hoy de un modo taxativo, como en el pasado, en la bibliografía sobre cuestiones urbanas. Uno puede recorrer estrategias con las cuales se ha tratado de dar respuestas a esta pregunta sobre la ciudad, pero no llega a soluciones estabilizadas, definitivas, sino a un conjunto de aproximaciones que dejan muchos problemas irresueltos. Quisiera transitar rápidamente por algunas de las “soluciones” más usadas en distintos momentos de la teoría urbana, de manera que podamos desembocar, con cierto soporte histórico, en los problemas que hoy nos plantea estudiar las ciudades, y sobre todo las grandes ciudades.

Una primera aproximación a la pregunta sobre qué son las ciudades ha consistido en oponerlas a lo rural, o sea concebir la ciudad como lo que no es el campo. Este enfoque, que durante la primera mitad del siglo tuvo un fuerte desarrollo, llevó a oponer en forma demasiado tajante el campo como lugar de las relaciones comunitarias, donde predominan las relaciones primarias, a la ciudad, que sería el lugar de las relaciones asociadas de tipo secundario, donde habría mayor segmentación de los roles y una multiplicidad de pertenencias. Creo que, dada la importancia que ha tenido este esquema en la Argentina, a través de uno de sus teóricos mundiales que fue Gino Germani, no necesito extenderme mucho. Germani hablaba de la ciudad como núcleo de la modernidad, precisamente porque era el lugar donde nos podíamos desprender de las relaciones de pertenencia obligadas, primarias, de esos contactos intensos de tipo personal, familiar y barrial propios de los pequeños pueblos o las pequeñas ciudades, y pasar al anonimato de las relaciones asociativas, electivas, donde se segmentan los roles, que él estudiaba desde su particular herencia funcionalista. Entre las muchas críticas que se han hecho a esta oposición tajante entre lo rural y lo urbano me gustaría recordar que esa distinción se queda en aspectos exteriores. Es una diferenciación descriptiva, que no explica las diferencias estructurales ni tampoco las coincidencias que a veces se dan entre lo que ocurre en el campo o en las pequeñas poblaciones y lo que ocurre en las ciudades. Por ejemplo, cómo lo rural está dividido por conflictos internos a causa de la penetración de las ciudades. O, a la inversa, en nuestras ciudades latinoamericanas, muchas veces estamos diciendo que son ciudades invadidas por el campo. Uno ve, de pronto, campesinos circulando, aun en carros con caballos, usos de espacios urbanos que parecen campesinos, como si nunca fuera a pasar un coche, es decir, intersecciones, entrelazamientos entre lo rural y lo urbano, que vuelven insuficiente o insatisfactoria esa definición de lo urbano por oposición con lo rural.

Un segundo tipo de definición que tiene una larga trayectoria, desde la escuela de Chicago, se basa en los criterios geográfico-espaciales. Wirth definía la ciudad como la localización permanente relativamente extensa y densa de individuos socialmente heterogéneos. La crítica que se ha hecho a esta caracterización geográfico-espacial es que no da cuenta de los procesos históricos y sociales que engendraron las estructuras urbanas, la dimensión, la densidad y la heterogeneidad.

En tercer lugar ha habido criterios específicamente económicos para definir qué es una ciudad, viéndola como resultado del desarrollo industrial y de la concentración capitalista. Efectivamente, la ciudad ha propiciado una mayor racionalización de la vida social y ha organizado del modo más eficaz, hasta una cierta época, la reproducción de la fuerza de trabajo por medio de la concentración de la producción y del consumo masivo. Autores como Manuel Castells, ya en su libro *La cuestión urbana*, que sigue teniendo un gran interés como visión histórica, decía que estos criterios económicos dejaban fuera aspectos ideológicos, que él trató en aquella obra de un modo rudimentario. Luego, se volvió común cuestionar este modo economicista de analizar la ciudad, la experiencia cotidiana del habitar y las representaciones que los habitantes nos hacemos de las ciudades.

Otros autores, por ejemplo Antonio Mela, que tiene un artículo excelente en la revista *Diálogos* (nº 23), dice que hay dos características que definirían a la ciudad a partir de la experiencia del habitar. Una es la densidad de interacción y la otra es la aceleración del intercambio de mensajes. Él aclara que no son sólo fenómenos cuantitativos, pues ambos influyen a veces contradictoriamente sobre la calidad de la vida en la ciudad. Hay aumento de códigos comunicativos que exigen adquirir nuevas competencias, como lo percibe cualquier inmigrante que llega a la ciudad y se desubica, tiene dificultades para situarse en esta densidad de interacciones y esta aceleración de intercambio de mensajes. Cuando se comienza a ver esta problemática, con las migraciones de mediados de siglo, se coloca el problema de quiénes pueden usar la ciudad.

Esta línea de análisis, que trata de poner, para decirlo en términos de Mela, la problemática urbana como una tensión entre realización y expresividad, ha llevado a pensar también a las sociedades urbanas como lenguaje. Las ciudades no son sólo un fenómeno físico, un modo de ocupar el espacio, de aglomerarse, sino también lugares donde ocurren fenómenos expresivos que entran en tensión con la racionalización, con las pretensiones de racionalizar la vida social. Han sido sobre todo las industrias culturales de la expresividad, como constituyentes del orden y de las experiencias urbanas, las que han tematizado esta cuestión.

Podríamos decir que, en cierto modo, todas estas teorías —si estamos pidiendo una definición de lo urbano— son teorías fallidas. No nos dan una respuesta satisfactoria, dan múltiples aproximaciones de las cuales no podemos prescindir, que hoy coexisten como partes de lo verosímil, de lo que nos parece que puede proporcionar cierto sentido de la vida urbana. Pero, la suma de todas estas definiciones no se puede articular fácilmente, no permite acceder a una definición unitaria, satisfactoria, más o menos operacional, para seguir investigando las ciudades. Esta incertidumbre acerca de la definición de lo urbano se vuelve mucho más vertiginosa cuando llegamos a las megaciudades.

### ***Megalópolis: crisis y resurgimiento***

Hace sólo medio siglo las megalópolis eran excepciones. En 1950, sólo dos ciudades en el mundo, Nueva York y Londres, superaban los ocho millones de habitantes. En 1970, ya había once de tales urbes, cinco de ellas en el llamado tercer mundo, tres en América Latina y dos en Asia. Para el año 2.015, según proyecciones de las Naciones Unidas, habrá 33 megaciudades, 21 de las cuales se hallarán en Asia. Estas megalópolis impresionan tanto por su desaforado crecimiento como por su compleja multiculturalidad; nos desorienta su heterogeneidad, el cruce de migrantes de muchas regiones del país y de gente procedente de otros países. Esto puede ocurrir tanto si estamos en el primero, en el segundo o en el tercer mundo. Dentro de la lista de megaciudades están Los Ángeles, México y París, Moscú, Sao Paulo, Tokio y Buenos Aires. En estas megaciudades se está transformando el punto de vista con el que podemos analizar lo urbano. Ya no sirven los estudios o las predicciones hechas para esas mismas ciudades por los urbanistas de la primera mitad del siglo.

La escuela de Chicago, que durante varias décadas ofreció al mundo el paradigma sobre lo urbano-moderno, no es considerada hoy más que como antecedente de interacciones mucho más complejas entre los centros históricos y los suburbios que ellos se dedicaron a estudiar, o entre la planificación y la autogestión urbana, que se han vuelto radicalmente distintos. En los años ochenta el desarrollo de un urbanismo posmoderno en Los Ángeles, Nueva York y en muchas otras ciudades, pareció ofrecer nuevas claves que algunos usaron para extender al resto del mundo ese modo de ver la fragmentación o la multiculturalidad, y otros consideraron decisivos modelos de ciudades globales.

¿Qué pasa hoy en las megaciudades? Si tomamos un libro reciente, el de Paolo Perulli, *Atlas Metropolitano, el cambio social en las grandes ciudades*, encontramos que comienza su trabajo diciendo que la crisis de las ciudades, que fue uno de los núcleos del análisis urbano hasta los años ochenta, hoy es vista de otra manera. Dice que, en realidad, estamos en un cierto retorno a las ciudades o lo que otro autor, también italiano, Aldo Bononi denomina “un renacimiento de las ciudades”. Hay metrópolis con una fuerte recuperación económica, parcial interrupción del declive de población, grandes proyectos de renovación urbana y de transformación física de las ciudades.

Se ha hablado de los años ochenta como una década de regreso al centro de las ciudades, de recentralización urbana, mientras que los años setenta fueron años de crisis de las ciudades y dispersión territorial. Perulli cita a París y Berlín como ejemplos de revitalización. La primera, París, porque recoge hoy los frutos de grandes políticas urbanas emprendidas en décadas anteriores, Berlín gracias a los procesos de unificación alemana y europea. Pero también hay metrópolis regionales que están asumiendo un nuevo papel en esta dirección, especialmente en las áreas del arco meridional europeo, Barcelona, Munich, Lyon, Zurich, Milán, Frankfurt, Stuttgart. En suma, se observa un relanzamiento de las ciudades, aumenta el empleo en algunas, no sólo el terciario, incluso el industrial, que estaba en declinación, se conectan nuevas redes de infraestructurales inmateriales, se emprenden o se completan grandes obras públicas.

Creo que no necesito extenderme mucho para que ustedes hayan asociado ya la posibilidad de que ciudades latinoamericanas puedan vivir esta experiencia. Hay signos incipientes en esta dirección. Es claro que en México y Sao Paulo, por lo menos, podrían encontrarse estas características. O podríamos pensar en metrópolis regionales, ejes interurbanos, como en el Mercosur. Se habla de carreteras

nuevas, y de otro tipo de conexiones, incluso electrónicas, entre Sao Paulo y Buenos Aires con muchas mediaciones, o Santiago-Buenos Aires-Montevideo. Evidentemente, los procesos de integración del Mercosur están contribuyendo a esto, pero creo que hay ya otros procesos también globalizados que están caminando en esa dirección.

En este contexto debemos repensar qué está ocurriendo con la dimensión cultural de nuestras ciudades. En una situación de crisis, cuya especificidad en la periferia comenzamos a describir en la conferencia de ayer, con posibilidades de reactivación muy parcial, vemos un dinamismo que quizá no esperábamos cuando hablábamos de las crisis de ciudades como México y Sao Paulo hace diez o quince años. Esa crisis no ha desaparecido: en algunos indicadores encontramos agravamiento, por ejemplo la contaminación, la falta de resolución de problemas urbanos estratégicos y estructurales. Pero también se aprecian otros procesos muy dinámicos, que tienen algunos de sus soportes en movimientos culturales.

### ***Las dos multiculturalidades urbanas***

Aquí podríamos considerar una doble transición. Hablábamos del pasaje de las ciudades a las megaciudades, estos grandes conjuntos urbanos que han conurbado, que han interactuado con otras ciudades y las han incorporado. Pero también hay un pasaje de la cultura urbana a la multiculturalidad. La discusión que había hasta hace quince o veinte años sobre qué es lo específico de nuestra cultura urbana, en obras como las de Henry Lefebvre, ahora debe colocarse de otro modo. Pareciera que en la actualidad la búsqueda no es entender qué es lo específico de la cultura urbana, qué la diferencia de la cultura rural, sino cómo se da la multiculturalidad, la coexistencia de múltiples culturas en un espacio que llamamos todavía urbano. Cuando diseñaba el proyecto de investigación para la ciudad de México mi primera intención fue preguntarme ¿cuál es la cultura urbana en la ciudad de México, qué es lo específico culturalmente? Y tuve que llegar a reconocer que, en realidad, había por lo menos cuatro ciudades de México.

Las diferentes ciudades contenidas en una megalópolis se hacen presentes al considerar su historia. En algunos países hemos olvidado esa dimensión histórica, por ejemplo en la Argentina. Pero la historia se nos ha manifestado como parte de la reestructuración que las migraciones han traído a las ciudades. La complejidad multicultural de grandes urbes como Buenos Aires, México o Sao Paulo es, en gran medida, resultado de lo que las migraciones han hecho con estas ciudades al poner a coexistir a múltiples grupos étnicos. Ésta es una experiencia que Buenos Aires tenía desde fin del siglo pasado cuando llegaron grandes migraciones europeas. Buenos Aires ha sido una de las primeras ciudades pluriculturales en el mundo, donde lo multiétnico era muy visible. Pero esto ha sido poco trabajado, salvo por parte de algunos historiadores, porque la tendencia era más bien a construir una unidad nacional y a encontrarnos satisfechos con las maneras en que, sobre todo los grandes flujos migratorios, español e italiano, se iban disolviendo en una estructura que era representativa de una unidad nacional, de ese “crisol de razas”.

Sin embargo, en los últimos años el crecimiento explosivo de las ciudades debido a las migraciones del cuarenta al ochenta, nos ha llevado a situaciones tan paradójicas como la que describía Xavier Albó cuando decía que por el volumen de población, pero no sólo por eso, tal vez Buenos Aires era la tercera ciudad boliviana. O cuando se afirma, también en Estados Unidos y en México, que Los Ángeles es la

cuarta ciudad mexicana. Podría decirse, a su vez, que la ciudad de México es una de las mayores ciudades mixtecas o purépechas, dos de las principales etnias no originadas en el valle de México, el antiguo valle del Anahuac, sino en otras regiones del país, pero que tienen enclaves muy numerosos, de miles de personas, dentro de la ciudad de México.

No obstante, debemos advertir que la multietnicidad no es el único rostro de la multiculturalidad contemporánea. Llegué a pensar que la ciudad de México es por lo menos cuatro ciudades a partir de una observación de Ítalo Calvino en *Las ciudades invisibles*. Dice Calvino: "A veces ciudades diversas se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre. Nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí. En ocasiones, hasta los nombres de los habitantes permanecen iguales, y el acento de las voces e incluso las facciones. Pero los dioses que habitan bajo los nombres y en los lugares se han ido sin decir nada y en su sitio han anidado dioses extranjeros". Veamos cuáles son las cuatro ciudades discernibles en la capital mexicana.

La primera es la ciudad histórico-territorial. Cualquiera puede darse cuenta de su importancia al percibir la cantidad de edificios construidos en la época precolombina y en la colonia que aún subsisten. La historia de esta ciudad, fundada en 1324 en un pequeño islote, durante el periodo de Moctezuma I, sigue presente en la megalópolis contemporánea. No es indispensable ir al Museo Nacional de Antropología o al Museo del Templo Mayor, los dos más visitados de México, para enterarnos cómo vivían los sesenta mil habitantes que al llegar los españoles ocupaban trece kilómetros cuadrados.

La segunda ciudad que descubrimos es la ciudad industrial. Es la urbe que se opone a la histórico territorial porque no abarca un espacio delimitado al modo tradicional, sino que se expande con el crecimiento industrial, la ubicación periférica de fábricas y también de barrios obreros y de otros tipos de transportes y servicios. Podríamos decir que la principal característica es que la ciudad industrial va desterritorializando lo urbano. Se van desdibujando los nítidos márgenes que fijaban la ciudad y nos daban idea de dónde estábamos, hasta dónde llegaba el lugar al que pertenecíamos. Algunos datos de México (pero podríamos dar semejantes de Sao Paulo y de otras ciudades) son significativos. En 1940, la capital mexicana aportaba al producto nacional el 32 por ciento; en 1980, llega al 48 por ciento. La ciudad de México, que tenía 1.600.000 habitantes en 1940, tiene ahora unos 17 millones.

El crecimiento de estos últimos cincuenta años se aprecia tanto en las cifras de habitantes o de la producción industrial y de la mancha urbana, como en la conurbación con otras ciudades y zonas rurales. Los 27 municipios conurbados de la periferia son precisamente los que registran tasas de crecimiento más elevadas en los últimos veinte años, mientras la densidad de habitantes tiende a disminuir en el centro histórico de la ciudad. Este es un fenómeno que se repite en muchísimas otras ciudades. Tiene que ver con la degradación de los centros históricos y, por lo tanto, con una recomposición de lo que entendemos como cultura urbana. Cambian los usos del espacio urbano al pasar de ciudades centralizadas a ciudades multifocales, policéntricas, donde se desarrollan nuevos centros a través de los shoppings, de otros tipos de urbanización, tanto populares como de clases altas, que por distintas razones abandonan el centro histórico.

Así nos resituamos en una ciudad diseminada, una ciudad de la que cada vez tenemos menos idea dónde termina, dónde empieza, en qué lugar estamos. En los estudios con pobladores de la ciudad de México vemos una bajísima experiencia del conjunto de la ciudad, ni siquiera de la mitad, ni de la cuar-

ta parte. Cada grupo de personas transita, conoce, experimenta pequeños enclaves, en sus recorridos para ir al trabajo, para ir a estudiar, para hacer compras, pasear o divertirse. Pero son recorridos muy pequeños en relación con el conjunto de la ciudad. De ahí que se pierda esta experiencia de lo urbano, se debilite la solidaridad y el sentido de pertenencia. Nos preguntábamos en el libro *Consumidores y ciudadanos* ¿qué significa ser chilango, o sea ser habitante de la ciudad de México, o ser paulista, o ser porteño en Buenos Aires? Creo que esto ha cambiado radicalmente en las últimas generaciones como consecuencia, entre otras razones, de esta diseminación de la mancha urbana.

La industrialización de bienes materiales ha sido, quizá, la principal responsable de este proceso. Pero debe señalarse, además, la otra industrialización: de las comunicaciones, de la cultura. En las encuestas y entrevistas acerca del consumo cultural, de los usos de la ciudad y de los imaginarios urbanos, encontramos repetidamente que se ha perdido la experiencia del conjunto. Pero, al mismo tiempo, hallamos referencias a actores comunicacionales que hacen intentos por recomponer esa totalidad. Algunos ejemplos: el helicóptero que recorre diariamente la megalópolis y transmite por los canales de Televisa nos cuenta cada mañana cómo está la ciudad, dónde hubo choques, por dónde no hay que circular. Esto también lo podemos escuchar por radio, en México y en otras ciudades. Es un simulacro, hacen como que nos están diciendo cómo es la ciudad vista desde arriba, casi como Dios.

Pero ese simulacro es, en buena medida eficaz, nos permite orientarnos en el tránsito y ayuda a desarrollar imaginarios sobre aquello que desconocemos; también, sobre los lugares que nunca vamos a querer conocer, porque son emblemas de inseguridad, de peligro, algo de lo cual hay que escapar.

Estos nuevos actores sociales a veces parecieran saber más que el intendente de la ciudad, más que los políticos, más que los movimientos populares urbanos, porque cada uno de estos actores tradicionales parece ocuparse de pequeños fragmentos.

Incluso, en las teorías sobre lo urbano es un lugar común pensar que las grandes ciudades son implanificables. No obstante, esa tendencia está cambiando. Si la planificación urbana estuvo en descrédito durante los años ochenta, algunos libros recientes, y por ejemplo el congreso internacional de arquitectos que hubo hace dos semanas en Barcelona (junio de 1996), insinúan una vuelta a la pretensión de pensar en conjunto la ciudad. Sin embargo, lo que aparece aun en los planes urbanos es que se intentan dinamizar sólo algunas zonas que se consideran estratégicas. Pero los problemas estructurales de la ciudad, los grandes temas del conjunto urbano, se consideran inabarcables desde la perspectiva de muchos políticos. Así, se hacen en la ciudad de México los cinco grandes proyectos que se empezaron en el sexenio pasado, o se puede en Buenos Aires intentar Puerto Madero u otras experiencias aisladas, olvidándose de reconsiderar la ciudad como algo global.

En las teorías urbanísticas de fin de siglo se registra una tensión entre la necesidad de encarar estructural y globalmente las crisis urbanas y la tendencia a aceptar la desagregación, la disgregación, sobre todo en las grandes ciudades. Esto ha llevado a pensar en una tercera ciudad. Cuando en los quince o veinte últimos años los economistas y los urbanistas advirtieron que la industrialización ya no era el agente económico más dinámico en el desarrollo de las ciudades, se empezaron a considerar otros impulsos para el desarrollo, que son básicamente informacionales y financieros. Se volvió necesario, entonces, reconceptualizar las funciones de las grandes ciudades. Su núcleo no se halla ya en la ciudad histórica, construida en un territorio delimitado, ligada a un espacio que todos percibían como

propio de esa ciudad, que tenía su núcleo en el centro histórico, en los grandes edificios monumentales que revelaban cuál había sido el origen. Luego, vino la industrialización que generó la gran expansión de las manchas urbanas, pero tampoco eso pareciera ser ahora lo decisivo, menos aún en sociedades en desindustrialización como son las latinoamericanas. En la medida en que la economía presente no se caracteriza tanto por el pasaje de la agricultura a la industria y de ésta a los servicios, sino por la interacción constante entre agricultura, industria y servicios sobre la base de procesos de información que rigen la tecnología de gestión y comercialización, debemos ir hacia otra concepción de lo urbano. Las grandes ciudades son el nudo en que se realizan estos movimientos de comunicación. Las principales áreas metropolitanas se vuelven, en una economía plenamente internacionalizada, escenarios que conectan entre sí a diversas sociedades. Es por esto que Saskia Sassen ha hablado de ciudades globales refiriéndose a Nueva York, Tokio y Londres, o Manuel Castells se ocupa de “la ciudad informacional”. Este proceso puede observarse también en una ciudad bastante estancada desde el punto de vista arquitectónico, como Buenos Aires, donde el crecimiento se presenta en la arquitectura ligada a la globalización, promovida por empresas informáticas de grandes transnacionales, edificios corporativos y *shopping centers*, que son aquí los signos de modernidad o posmodernidad.

Si bien las urbes siguen siendo espacios de concentración de fábricas, que a veces se notan tanto por la contaminación, donde además hay mayor oferta de industrias culturales, como radio y televisión, estas funciones más tradicionales están cediendo lugar a nuevas agencias o nuevos actores comunicacionales. La ciudad se conecta ahora dentro de sí y con el extranjero ya no sólo por tradicionales transportes terrestres y aéreos, por el correo y el teléfono, sino por el cable, el fax y los satélites.

La nueva oferta informacional está modificando muchos hábitos culturales y estrategias de consumo. No voy a extenderme en la descripción de estos cambios, ya bastante conocidos, pero sí me gustaría subrayar cómo incitan a rediseñar el estudio de las culturas urbanas. ¿Qué significa para la teoría urbana encontrar una ciudad disgregada, sin centro, o donde el centro importa poco, que no sabemos bien hasta dónde llega, y es reorganizada, redimensionada en la experiencia cotidiana, por estos procesos comunicacionales? Entonces, hay que tomar en cuenta no sólo una definición sociodemográfica y espacial de la ciudad, sino una definición sociocomunicacional.

Ahora veamos cómo coexisten estas tres ciudades: la histórico territorial, la ciudad industrial y la ciudad informacional o comunicacional. Ésta es la pregunta central de la multiculturalidad urbana en la actualidad. Vivimos la tensión entre tradiciones que todavía no se van (tradiciones barriales, de formas de organización y estilos de comunicación urbana) y una modernidad que no acaba de llegar a los países latinoamericanos, cuya precariedad no impide, sin embargo, que también lo posmoderno ya esté entre nosotros. La coexistencia no regulada de varios modelos de desarrollo urbano en países dependientes genera, a la vez, comunicaciones ágiles y embotellamientos, acceso más o menos simultáneo a una vasta oferta cultural internacional y la dificultad de gozarla porque el museo o el teatro queda a una hora o dos de nuestra casa y el transporte es deficiente, porque se corta la luz cuando llueve y debemos regresar de la computadora a la máquina de escribir, porque tenemos fax pero hace dos meses que no arreglan el teléfono.

Más que una ciudad, esto parece un contradictorio y caótico videoclip. Más que una ciudad informacional a veces tenemos la sensación de vivir en ciudades donde es muy difícil comunicarse. Contra-

dicciones como las de Buenos Aires y México se registran en otras ciudades más modernas de América Latina. En Río de Janeiro o en Sao Paulo, donde apenas empieza a instalarse la fibra óptica, están tan desbordadas las comunicaciones telefónicas que los universitarios y las empresas a veces tienen que esperar las nueve o las diez de la noche para poder conectarse al e-mail, porque no hay líneas durante el día. Existe el correo electrónico, se multiplican las computadoras, hay miles y miles de usuarios que están creciendo constantemente, pero la deficiencia de infraestructura impide situarse de modo competitivo en esta nueva situación de las redes globales.

### **Los imaginarios como patrimonios urbanos**

La ciudad videoclip es la ciudad que hace coexistir en ritmo acelerado un montaje efervescente de culturas de distintas épocas. No es fácil entender cómo se articulan en estas grandes ciudades esos modos diversos de vida, pero más aún los múltiples imaginarios urbanos que generan. No sólo hacemos la experiencia física de la ciudad, no sólo la recorremos y sentimos en nuestros cuerpos lo que significa caminar tanto tiempo o ir parado en el ómnibus, o estar bajo la lluvia hasta que logremos conseguir un taxi, sino que imaginamos mientras viajamos, construimos suposiciones sobre lo que vemos, sobre quiénes se nos cruzan, las zonas de la ciudad que desconocemos y tenemos que atravesar para llegar a otro destino, en suma, qué nos pasa con los otros en la ciudad. Gran parte de lo que nos pasa es imaginario, porque no surge de una interacción real. Toda interacción tiene una cuota de imaginario, pero más aún en estas interacciones evasivas y fugaces que propone una megalópolis.

Los imaginarios han nutrido toda la historia de lo urbano. Los escritores y los críticos literarios lo han puesto de manifiesto con particular énfasis. Rosalba Campra, en un artículo titulado “La ciudad en el discurso literario”, que se publicó en Buenos Aires, en la revista *Sic*, empieza preguntándose ¿dónde se fundan las ciudades? “En lo alto de un monte para defenderse, dice, a orillas del mar para partir, o, como suelen responder los mitos, a lo largo de un río para encontrar un eje de orientación y dar sentido al propio grupo”. Pero las ciudades, agrega, también se fundan dentro de los libros, o se fundan a partir de libros; y ella va siguiendo en ese espléndido trabajo cómo las ciudades han estado conectadas con libros fundantes, libros que han hablado de cómo se conquista un desierto, cómo se distingue a la ciudad del desierto, cómo se delimitan los espacios, cómo se construye entonces a partir de lo que se imagina que puede ser una ciudad.

A veces este proceso puede ser dramático, como sabemos por gran parte de la literatura y del cine que hablan de las ciudades. Pienso en las ciudades dramáticas, trágicas a veces, de Win Wenders, y en *La ciudad ausente* de Ricardo Piglia. En México tratamos de estudiar esta diversidad de imaginarios urbanos viendo cómo la ciudad era constituida en el discurso periodístico de cada día, en la radio y la televisión. En México, como en muchas grandes ciudades, hay suplementos especiales que aparecen semanalmente, y a veces todos los días en algunos diarios, que hablan de la ciudad y que dejan hablar a la ciudad. El estudio hecho por un miembro de nuestro grupo, Miguel Ángel Aguilar, revela que el discurso periodístico sobre la ciudad de México es en un 50 por ciento lo que el regente o las autoridades o los medios, en suma los agentes hegemónicos, dicen sobre la ciudad. Un lugar menor se concede a lo que los actores sociales de base, los ciudadanos, piensan o hablan de ella.

¿De qué modo la televisión y la radio han multiplicado los espacios de comunicación urbana?



En general, las radios lo hacen de un modo más participativo, con el teléfono abierto, permitiendo la expresión de los ciudadanos y encontrando también formas de clientelismo en esta apertura para incentivar su mercado. En cambio, la televisión suele ser más autoritaria y más censurada, nos habla muchas veces de la ciudad desde el helicóptero o desde el estrado de Zabludowsky, o de algún otro locutor privilegiado. Estos distintos discursos, a su vez, son recibidos de maneras diferentes, en los espacios íntimos donde también se constituye el sentido urbano.

En algunas investigaciones sobre imaginarios urbanos realizadas en la ciudad de Bogotá por Amando Silva, y en Los Ángeles por Mike Davis, así como en el libro dirigido por Mario Margulis *La ciudad de la noche*, referido a Buenos Aires, se aprecia la importancia de estos microespacios. Hicimos una experiencia parecida a la de este último libro, estudiando los salones de baile, que son importantes como lugares de agrupamiento generacional en la ciudad de México, así como los sitios donde se hacen recitales rockeros, los hoyos fonkis y otros semejantes. En medio de la descomposición de las megaciudades esos lugares son marcas, establecen una especificidad y así reordenan una problemática, que voy a tratar mañana, la de lo público y lo privado. Se establece un espacio propio para algunos sectores, donde se puede bailar, “sentirse a gusto como en la propia casa”, según dijo una asistente habitual de estos salones de baile en México; de manera que estos lugares, que son públicos, en gran medida funcionan como privatizados, como lugares que se apropian algunos sectores: son semipúblicos y semiprivados a la vez.

Hemos intentado averiguar por qué lo imaginario tiene tanta importancia en la constitución de la ciudad. En México nos podemos remontar a los relatos precolombinos y de los conquistadores que refundaron la ciudad. Creo que también sería posible hacerlo en Buenos Aires. Esas narraciones constituyen un tipo de patrimonio diferente del patrimonio que estamos acostumbrados a reconocer. Si el patrimonio urbano, el patrimonio histórico visible, material, es descuidado, mucho más ocurre con el patrimonio invisible o no tangible, según las dos denominaciones que suele usar la Unesco para referirse a él y que ha llevado a crear una sección dentro del área de cultura para estudiar este patrimonio invisible o intangible. Este patrimonio constituido con leyendas, historias, mitos, imágenes, pinturas, películas que hablan de la ciudad, ha formado un imaginario múltiple, que no todos compartimos del mismo modo, del que seleccionamos fragmentos de relatos, y los combinamos en nuestro grupo, en nuestra propia persona, para armar una visión que nos deje poco más tranquilos y ubicados en la ciudad. Para estabilizar nuestras experiencias urbanas en constante transición.

Quiero destacar esta distinción. Podemos hablar de un patrimonio visible, o sea de los monumentos, los museos, las grandes avenidas, los edificios que enorgullecen a una ciudad y le dan una continuidad histórica, y también de algo que el folclore ha trabajado en distintas épocas, así como otro tipo de registros que han sido estudiados desde la comunicación masiva o desde el trabajo antropológico de la cultura llamada inmaterial, pero que pocas veces han sido pensados como parte del patrimonio que también hay que conservar de algún modo. Quizás una de las razones para justificar el ocuparse ahora de este patrimonio, es que tenemos más maneras de preservarlo y de guardarlo: lo podemos filmar, ya no sólo fotografiar, lo podemos registrar en formas sonoras muy sofisticadas, y transmitirlo y reproducirlo en discos compactos y en otros procedimientos más ágiles que cuando había que ir hasta un museo para enterarse de cómo había sido la ciudad en otra época.

Estas innovaciones están suscitando internacionalmente nuevas reflexiones sobre los vínculos entre cultura urbana y patrimonio. Además, incitan a repensar lo que esto podría significar para la escuela y las comunicaciones masivas como custodios y transmisores del patrimonio intangible. Este patrimonio no es, de ninguna manera, inferior en importancia al visible. Es más: en ciudades que no tienen un gran patrimonio histórico material, todavía significa más para la población la búsqueda de signos intangibles de identidad, formas de orientación, de evocación y de memoria.

Pero ¿cómo estudiar este patrimonio tan escurridizo, cómo apreciarlo y organizarlo? Para responder hemos tratado de introducir algunas nociones desde las ciencias sociales en la teoría sobre el patrimonio. Hay que reconocer, en este sentido, que uno de los motivos por los que los científicos sociales se interesan poco en las cuestiones del patrimonio es porque parece que sólo tuviera que ver con el pasado; se presenta como una cuestión de arqueólogos, restauradores, historiadores. Pero, si deseamos entender el origen y el sentido histórico de la contemporaneidad, es preciso pensar qué hacer con el patrimonio.

Por lo tanto, tenemos necesidad de reformular qué entendemos por patrimonio de un modo vivo, no embalsamado, como algo que nos está apelando todavía hoy. Una noción de Pierre Bourdieu, la de capital simbólico, me parece útil para redefinir lo que hoy podemos entender por patrimonio cultural en relación con sus usos sociales. Bourdieu no transpuso la noción de capital simbólico hasta el patrimonio, pero es legítimo hacerlo, en el sentido de que el patrimonio no es un conjunto de bienes estables y neutros, con valores y sentidos fijados de una vez para siempre, sino un proceso social que, como el otro capital, se acumula, se renueva, produce rendimientos, y es apropiado en forma desigual por diversos sectores. Aunque ese conjunto de bienes materiales e inmateriales que llamamos patrimonio cultural parece estar disponible para que todos lo usen, cada sector se vincula con él según las disposiciones subjetivas que ha podido adquirir y según las relaciones sociales en que está inserto.

Por eso el patrimonio de una nación, o de una ciudad, es distinto para diferentes habitantes. Representa algunas experiencias comunes, pero también expresa las disputas simbólicas entre las clases, los grupos y las etnias que componen una ciudad. ¿Quiénes cuentan la ciudad en las crónicas, en las películas, en las canciones y en las exposiciones, quiénes tienen los recursos para difundir estas representaciones de lo urbano a través de libros y revistas, conciertos y discos, museos, radio y televisión? La estructura y la propiedad de los medios de producción y comunicación cultural deben ser analizados como parte de los dispositivos por medio de los cuales se conforman los patrimonios compartidos y también las divisiones entre los patrimonios de unos y otros sectores en la ciudad.

La otra noción que me parece fecunda para repensar esta cuestión es la de “comunidades imaginadas”, de Benedict Anderson. La obra de Anderson suele ser citada como punto de partida para una reconceptualización de las identidades contemporáneas, porque ese autor puso en evidencia que el nacionalismo es un artefacto cultural y no un objeto natural. La constitución del nacionalismo a través de la imaginación en la historia, dice Anderson, no lo vuelve falso, como se advierte en la gente que está dispuesta a realizar colosales sacrificios por sus limitadas imaginaciones de lo que es lo nacional. Podemos citar también a otros historiadores, como Serge Gruzinsky en Francia, o Renato Rosaldo, antropólogo de Estados Unidos, semiólogos como Armando Silva, en Colombia, que han demostrado el importante papel que juegan las ficciones, los imaginarios colectivos, en la formación de las identi-

dades. Este tipo de aproximación tiene consecuencias para la construcción de la ciudadanía cultural, porque esta ciudadanía no se organiza sólo sobre principios políticos, según la participación “real” en estructuras jurídicas o sociales, sino también a partir de una cultura formada en los actos e interacciones cotidianos, y en la proyección imaginaria de estos actos en mapas mentales de la vida urbana. ¿Qué es lo que hay que guardar, qué se debe conservar, qué es lo más importante para quienes vivimos en una ciudad?

Muchos presupuestos que guían la acción y las omisiones de los ciudadanos derivan de cómo percibimos los usos del espacio urbano, los problemas de consumo, tránsito y contaminación, y también de cómo imaginamos las explicaciones a estas cuestiones. Voy a presentar mañana el estudio sobre imaginarios urbanos que hicimos en México a partir de las fotografías de la ciudad y de cómo las vieron grupos focales a los que les mostrábamos las fotos. Sintéticamente, les anticipo una conclusión que ilustra lo que vengo diciendo. En la exploración con estos grupos, aun en los sectores con más nivel educativo, no hallamos visiones de conjunto sobre la ciudad. Hasta en los sectores más politizados o más organizados para defender algo de la ciudad, suele haber visiones restringidas del propio barrio, sector o grupo social al cual se pertenece y de las instituciones con las cuales cada uno se relaciona. Casi nadie habla de la ciudad en su conjunto y casi nadie identifica causas estructurales que en la literatura de ciencias sociales son muy conocidas acerca de por qué la crisis del tránsito, de la contaminación u otras acontecen en la ciudad. En este sentido, hablamos de una cultura prepolítica, una cultura preestructural, que se reduce a pequeños espacios. Investigar esto es del mayor interés para desarrollar la ciudadanía en nuestras ciudades, que adquiere más importancia cuando ciudades como la de Buenos Aires y México están a punto de elegir su primer intendente o gobernador no designado por el Poder Ejecutivo. ¿Cuánto se puede decidir en las elecciones y cuánto hay que decidir en otras instancias que requieren una elaboración continuada y una acción perseverante desde una cultura ciudadana? Contestar a esta pregunta puede ser un motivo para renovar la vinculación entre científicos sociales y políticos, entre la universidad y la administración pública.

## **Preguntas**

– *Se hace una pregunta que no se grabó con claridad sobre las relaciones entre lo público y lo privado, y acerca de si las tendencias a la privatización conducen a la desintegración social.*

– García Canclini: De acuerdo con lo que venimos analizando, diría que la relación entre desintegración urbana y recomposición o reactivación no puede ser concebida en términos de equivalencias. No todas las formas de privatización llevan a la desintegración. Pueden hacerlo en el sentido en que a veces separan, cuando llevan que cada uno diga “éste es mi lugar, aquí nadie se mete y yo tampoco me voy a meter ni me voy a exponer en los lugares de riesgo”. En tales casos, se trata de limitar las experiencias urbanas, las vivencias y la solidaridad en la ciudad. Pero también hay experiencias de privatización, o sea de limitación de espacios y de apropiación privada que, en medio del abandono de los Estados respecto de las ciudades, de las negligencias, pueden funcionar como reactivadoras o preservadoras de patrimonios, de espacios vivibles dentro de la ciudad. Entonces, no asociaría desintegración versus

reactivación o renovación con la oposición público-privado. En segundo lugar, deseo decir que, sin políticas públicas para la ciudad, una suma de privatizaciones y de defensas aisladas, no puede resolver los problemas urbanos. Hay problemas que son estructurales, compartidos, o tienen que ser resueltos en forma compartida. Algunos son superevidentes, como la contaminación, que no discrimina demasiado entre clases sociales para oscurecer los pulmones. Aunque también puede haber diferentes formas de protegerse o de purificar, en forma restringida, el ambiente. Otros tipos de contaminación o de dramas urbanos son más selectivos y atacan especialmente a los sectores más desprotegidos, menos calificados educacional y económicamente. Pero creo que, en buena medida, las ciudades están expresando de un modo localizado esta tensión, que se vive en general en los países periféricos, entre impulsos a la participación más competitiva en un mercado mundial de innovaciones tecnológicas, culturales y sociales; y, por otro lado, políticas hacia adentro que segmentan cada vez más desigual y asimétricamente a la población. Se permite que un cinco o un diez por ciento de los ciudadanos se vincule con estas innovaciones internacionales y se beneficie de vivir en las grandes ciudades, y una enorme población, cada vez en situaciones más degradadas, es excluida o semincorporada bajo discriminaciones.

– *¿Qué concepción de lo imaginario sería más útil para analizar la relación entre lo instituido y lo instituyente?*

– García Canclini: Estamos en un momento en que sería empobrecedor afiliarse a una sola tendencia. Nos encontramos en el cruce de muchas contribuciones al estudio de lo imaginario. Autores como Armando Silva incorporan el psicoanálisis, pero hay momentos de su libro *Imaginario urbanos* en que usa la distinción lacaniana entre lo imaginario y lo simbólico, y otros en que no lo hace. Creo que, ante ciertas necesidades de interpretación, a veces es útil esta distinción pero, en gran parte de los estudios, prevalece otra noción más antropológica de lo imaginario, como algo parecido a lo que Lacan llama simbólico, es decir, el conjunto de repertorios de símbolos con que una sociedad sistematiza y legaliza las imágenes de sí misma, y también se proyecta hacia lo diferente. Dada la relativa indeterminación epistemológica en que se halla aún la noción de imaginarios y la fertilidad que revela en diferentes usos, no me privaría de esas tres contribuciones ni de otras. Habría que mencionar también los enfoques de lo imaginario colectivo, desplegados en las reorientaciones sociosemióticas de la antropología y de la sociología. Estos análisis han permitido considerar que hay estructuras, legalidades, que rigen lo imaginario y generan su construcción y su renovación. En ese sentido, no haría tanta escisión entre lo institutivo y lo instituyente. El riesgo que señalábamos cuando hablábamos del patrimonio visto en forma embalsamada, solidificada, como existiendo de una vez para siempre, se presenta en esa distinción. En realidad, lo instituyente, no sólo lo creativo sino lo que se apoya en algo instituido a partir de lo cual se puede imaginar, está siendo reconceptualizado, reimaginado una y otra vez. Este proceso se me hizo evidente cuando trabajamos sobre fotografías en la ciudad de México, desde los años cuarenta hasta la actualidad, y vimos cómo los fotógrafos registraron la ciudad.

Estaban reinterpretando, reelaborando el patrimonio visual en función de lo actual, desde la mirada de hoy. Pero lo actual es un momento de transición.

## Bibliografía

Aldo Bononi, "La machina metrópoli", ponencia presentada al simposio *The Renaissance of the City in Europe*, Florencia, 6 al 8 de diciembre de 1992.

Rosalba Campra, "La ciudad en el discurso literario", *Sic*, N° 5, Buenos Aires, mayo de 1994.

Manuel Castells, *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI, 1974.

\_\_\_\_\_ *La ciudad informacional*, Madrid, Alianza, 1995.

Mike Davis, *City of Quartz*, New York, Vintage Books, 1992.

Néstor García Canclini, "Consumidores y ciudadanos", México, Grijalbo, 1995.

Peter Hall, "La ville planétaire", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, París, UNESCO, nro. 147, marzo 1996.

Mario Margulis, *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1994.

Antonio Mela, "Ciudad, comunicación, formas de racionalidad", *Diálogos*, 23, Lima, junio de 1989.

Paolo Perulli, *Atlas metropolitano. El cambio social en las grandes ciudades*, Madrid, Alianza, 1995.

Saskia Sassen, *The global City*. New York, London, Tokyo, Princeton University Press, 1991.

Armando Silva, *Imaginarios urbanos*. Bogotá y Sao Paulo.

\_\_\_\_\_ *Cultura y comunicación urbana en América Latina*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.

Edward W. Soja, *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres-Nueva York, Verso, 1989.